

na *Recuerdo cuando te vi*, que es la única canción en lengua wayuu del ciclo compuesto por Mojica. El tono con el cual el autor se refiere a este hecho casual resulta desproporcionado e ignora al mismo tiempo que, en primer lugar, Totó la Momposina y sobre todo, la contralto Elsa Gutiérrez Vargas, dieron a conocer este trabajo del músico guajiro que se convierte así en un aporte singular al repertorio vocal del país.



Una buena parte del contenido del libro se aplica a la descripción de hechos históricos regionales que contribuyeron a la formación de expresiones propias, las cuales —de acuerdo con el autor—, a partir de sus “estertores culturales” lograron contaminar otras regiones vernaculares (sic). De este confuso enunciado se concluye que el guajiro “hace parte de la cultura vallenata actual”, con sus palabreros, sus cantos e instrumentos, su friche de chivo y la venganza. Pero el matiz guajiro es sólo uno de los elementos que destaca en la obra de Mojica. En un catálogo de más de tres decenas de partituras, Mojica trazó una línea de movimiento transversal hacia otras temáticas y otras maneras de expre-

sión indígena y popular que se concreta en piezas como *Transparencias chibchas para cuerdas* (1979), *Seis breves episodios sobre Benkos-Biohó para piano, clarinete, dos gaitas y tambor* (1979), *Joropo para Gregorio para cuarteto de cuerda* (1978) o *Trapicheras del demonio para trompeta y piano* (1978) sobre motivos de la costa del Pacífico. Un repertorio de inesperadas combinaciones instrumentales y vocales escrito sobre la base de un conocimiento de técnicas actuales de composición, aplicadas con destreza e imaginación al propósito de reivindicar sus propias vivencias a través del material sonoro. Así, Mojica llevaba a término aquello que Claude Debussy sugería a Stravinsky cuando el compositor empezaba a marginarse de sus prodigiosos ritos orquestales para orientarse hacia el campo minado del dodecafonismo vienés.

La obra de Raúl Mojica, como la de tantos otros compositores nacionales, ha desaparecido en la práctica de los programas de nuestras orquestas sinfónicas y también del ejercicio académico de los conservatorios. El pretexto parece ser la ausencia de editoriales especializadas en la publicación de material musical. De alguna manera, las partituras que complementan este libro con su limitado alcance local, representan una apuesta significativa en el propósito de difusión de una obra que continúa siendo un hito aislado en la historia reciente de la música nacional.

\*\*\*

Los reseñistas de libros se quejan cada vez con más frecuencia del descuido de las editoriales en la presentación final de sus publicaciones. El texto de Mariano Candela ilustra con creces esa caótica situación. Además de un ilusorio “9 de abril de 1949” (pág. 69), el periodista barranquillero ignora la existencia del necesario signo ortográfico en las palabras agudas y en los tiempos verbales en pasado, así como la correcta transcripción de nombres y

vocablos extranjeros. De esta manera, lo escrito por Candela se convierte en arduo ejercicio de lectura y comprensión. Algunos analistas culpan a la proliferación de aparatos electrónicos de uso personal que desarticulan el proceso de concentración. Y, ¿entonces? ¡Sálvese quien pueda!

CARLOS BARREIRO ORTIZ

## Un libro que muestra el verdadero rostro de la colonización antioqueña: expropiación de indígenas y afrodescendientes y despojo de sus tierras

**Dos plazas y una nación: raza y colonización en Riosucio, Caldas, 1846-1948**

Nancy P. Appelbaum

Instituto Colombiano de Antropología e Historia, Icanh; Universidad de los Andes, Facultad de Ciencias Sociales, Departamento de Historia, CESO; Universidad del Rosario, Escuela de Ciencias Humanas, Bogotá, 2007, 355 págs., il.

Un mito historiográfico, que se ha convertido a su vez en un prejuicio casi popular, forjado sobre la historia de Colombia está referido al papel desempeñado por los antioqueños en la vida regional y nacional. En forma más concreta, en relación con la llamada “colonización antioqueña”, suele decirse que ésta se constituyó en un proceso democrático e igualitario que civilizó regiones agrestes y selváticas y las incorporó, gracias al trabajo esforzado de los “paisas” (sin importar su clase social), al naciente mercado capitalista. Los historiadores que inventaron este mito (entre los que sobresale el geógrafo estadounidense James Parsons) y sus continuadores



hasta el día de hoy, suelen reivindicar un pretendido carácter racial y social peculiar que diferenciaría a los antioqueños del resto de colombianos, relacionado con el culto al trabajo y la frugalidad, lo cual ha permitido que aquéllos se conviertan en prósperos empresarios en todas las actividades (agricultura, industria, comercio, finanzas...).

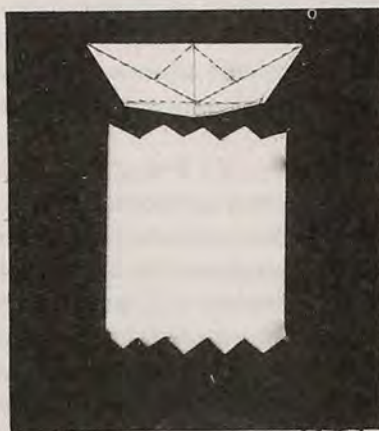
Esta es lo que puede llamarse la “leyenda rosa” de la colonización antioqueña, muy bien aprovechada por las clases dominantes de Antioquia y por sus políticos, que hasta el presente pretenden que todo el despojo de que han sido víctimas indígenas, campesinos pobres y comunidades afrodescendientes (como se experimenta en estos momentos en Chocó, Córdoba y otros departamentos del norte de Colombia) se debe a la supuesta superioridad de la “raza paisa”, originada en su frugalidad y en su amor al trabajo.

Por fortuna, algunas investigaciones emprendidas desde hace algunos años por diversos historiadores —muchos de ellos oriundos de la propia región antioqueña o del Gran Caldas— han contribuido a explicar el proceso contradictorio de la colonización antioqueña, dando forma a otra interpretación, muy diferente al mito heroico forjado por las clases dominantes de Antioquia y difundido por historiadores desde la década de 1940.

Precisamente, el libro de la historiadora Nancy Appelbaum amplía esa perspectiva crítica y desmitificadora sobre la colonización antioqueña, que sitúa el asunto en una perspectiva más realista de lo que sucedió durante los siglos XIX y XX. Para ello, esta investigadora analiza la historia particular del municipio de Riosucio, situado en la actualidad en el departamento de Caldas. Como punto de partida, debe subrayarse que este municipio, asociado desde siempre a Caldas o a la gran Antioquia, formó parte hasta 1905 del departamento de Cauca, por entonces el más grande del país, hasta el punto que ocupaba cerca del 40% de la actual Colombia. La cuestión estriba, entonces, en averiguar

porqué y cómo en un lapso de un siglo se transformó el paisaje social y cultural de Riosucio hasta convertirlo hoy en una región que, en el imaginario social de los colombianos, siempre ha sido paisa. A ese interrogante le da respuesta Appelbaum en el libro que entramos a comentar.

Para responder a esa cuestión, la historiadora estadounidense efectúa una investigación que cubre una temporalidad amplia, desde la Independencia hasta el comienzo de la violencia partidista en 1948. Para abarcarla el libro se divide en tres grandes partes (un total de ocho capítulos) y una introducción teórica y metodológica.



En esta Introducción se trazan las líneas del análisis histórico que se realiza en esta obra, en el cual Riosucio aparece como una anomalía en la región antioqueña, puesto que en ese lugar se percibe algo que es social y culturalmente distinto al resto de la zona cafetera. En efecto, mientras que en esta última es evidente el tipo racial blanco de sus habitantes y el orden arquitectónico de sus pueblos, en Riosucio se nota la presencia indígena y en lugar de una tiene dos plazas (elemento que tiene que ver con el título del libro), ya que allí, a diferencia de la casi totalidad de pueblos, no sólo de Antioquia sino de gran parte del país, no existe una sola plaza central sino dos, para algunos la “plaza de los blancos” y la “plaza de los indios”.

Cuatro conceptos centrales se erigen en los pivotes sobre los que se

va a construir el edificio analítico de Appelbaum: colonialismo, región y comunidad. Podría pensarse que se está incurriendo en un anacronismo con la primera noción, que es rechazada hoy por las ciencias sociales, pero lo que intenta mostrarnos la autora es la manera como se construye una visión racializada de la historia y la sociedad en la Colombia decimonónica que se traslada, casi como laboratorio de experimentación, a Antioquia y sus márgenes geográficos. *Raza* es un término empleado por escritores, políticos, funcionarios y viajeros en el siglo XIX y comienzos del siglo XX, tras el cual emerge una concepción racista de la sociedad colombiana, que reproduce modelos propios del mundo europeo y anglosajón y justifica, a partir de criterios raciales, la desigualdad social. No es casual, en consecuencia, que un funcionario público de Riosucio, a principios del siglo XX, hablara de la existencia de la “raza indígena” y de la “raza antioqueña” y ésta fuese exaltada “por su amor al trabajo, genio emprendedor, cumplimiento en sus compromisos” (citado pág. 27).

Una segunda noción ordenadora del análisis es la de *colonialismo interno* para referirse al proceso de expansión antioqueña. La noción es llamativa y provocadora porque se atreve, hasta donde sabemos por primera vez en relación con este tema, a abandonar la utilización del término dominante de “colonización”. En principio la diferencia es etimológica puesto que el término “colonización”, que deriva del latín *colere*, significa cultivar o poner en uso la tierra, con lo que se alude a la expansión de cultivos agrícolas, pero el vocablo inglés *settlement* (asentamiento) sería más apropiado para referirse a ese proceso de “domesticación de una agreste zona boscosa”. Esta precisión terminológica no sólo tiene que ver con el idioma nativo de la investigadora, sino con el hecho que el mencionado término, para referirse a los procesos de expansión de la frontera agrícola, fue impuesto por investigadores de los Estados Unidos, entre ellos



James Parsons quien publicó, en 1949, *La colonización antioqueña en el occidente de Colombia*, el libro emblemático de lo que podría llamarse la “leyenda rosa” de ese proceso. Sin embargo, ese término tiene el grave problema de ocultar la dominación y la subordinación, en razón de lo cual la autora prefiere usar, aunque no esté plenamente convencida de su pertinencia, la noción de “colonialismo interno”, un vocablo usado por antropólogos y sociólogos muy influidos por la teoría de la dependencia desde la década de 1960. Nos parece que la predilección terminológica en este caso, aparte de ser muy aguda, es indispensable para mostrar la otra cara de la expansión de los antioqueños: el despojo, la expropiación y el robo de tierras, así como la expulsión de indígenas y afrodescendientes, todo lo cual ha acompañado la avanzada antioqueña en el pasado y, lo que tal vez es más importante, en la actualidad, en diversas regiones del país. O como lo dice la autora, “recientes estudios muestran un proceso de colonialismo más que mera colonización agrícola: los antioqueños se tomaron las comunidades, los gobiernos locales, las redes comerciales y la tierra —a lo que el riosuceño Julián Bueno se refirió como una ‘invasión’—” (pág. 31).

Por supuesto, si se usa la noción de colonialismo interno para analizar la historia de Colombia, tal colonialismo no sólo ha caracterizado a las clases dominantes de Antioquia y a las del resto del país y ha influido en otros sectores sociales, aunque las que más han ganado con ese proceso han sido las primeras. Al decir que los únicos colonizadores, “a los otros colombianos” no se les da todo el “reconocimiento que merecen por su activa participación en la transformación del occidente del país” (pág. 31). Además, en el caso específico que nos ocupa, las clases dominantes del Cauca impulsaron el colonialismo antioqueño porque veían en los “blancos paisas” el sustituto de los europeos que nunca vinieron al país a “civilizar” a los negros e indígenas que poblaban su departamen-

to y, en forma adicional, esa noción ayuda a entender la manera como los subalternos se adoptaron y acoplaron a ese colonialismo y lo combatieron y resistieron de acuerdo con sus posibilidades históricas.

La tercera noción que usa nuestra autora es la de *región*, vista no en un sentido geográfico sino como una noción discursiva generada históricamente y que tiene un papel en el marco de la constitución de identidades colectivas, entre ellas la de antioqueñidad que se forja en el siglo XIX y que se define a sí misma, según la historiadora Mary Roldán, como “devoción a la Iglesia Católica, ‘blancura’, legitimidad, matrimonio y capitalismo” (citado pág. 40).

La cuarta y última noción es la de *comunidad*, empleada en el sentido de “comunidades imaginadas”, para incorporar en el análisis la resistencia indígena en Riosucio, cuya acción se ha centrado en mantener y preservar su propia comunidad territorial y cultural del embate de terratenientes, colonos y gamonales primero del Cauca y luego de Antioquia. La noción de comunidad política imaginada implica, según Benedict Anderson, que “aun los miembros de la nación más pequeña no conocerán jamás a la mayoría de sus compatriotas, no los verán ni oirán siquiera hablar de ellos, pero en la mente de cada uno vive la imagen de su comunión” (citado pág. 43). Sin embargo, este asunto no es muy convincente porque para los indígenas sus comunidades no eran imaginadas sino concretas, en el sentido que sus parcialidades, existentes desde la época de la Colonia española, tenían una territorialidad específica y definida, con límites precisos y en torno a esa realidad concreta se sustentaba, y sustenta en los casos en que todavía existen, su cultura, sus ritos, costumbres y tradiciones, hasta el punto que la sustracción de sus tierras por el colonialismo interno, significa la muerte cultural del grupo. En este caso, habría que tener en cuenta la noción limitada de la idea de comunidad imaginada, puesto que la misma no logra captar lo característico de la

comunidad real, propia de los indígenas, ya que su defensa es indispensable para su supervivencia.



Veamos ahora, en forma somera, las partes del libro. La primera se centra en estudiar lo que se llama “País de regiones, 1846-1886” y está formada por tres capítulos (págs. 65-162). Se comienza contraponiendo la imagen racista característica de la mentalidad de las clases dominantes en Colombia durante el siglo XIX, que se forjó antes de la Independencia, y reproducía en el trópico el determinismo racial creado. En el caso europeo la diferenciación social era un resultado de la supuesta superioridad e inferioridad que originaban las diferencias fenotípicas, principalmente el color de la piel. En Cauca ese racismo se construyó sobre la geografía, recalcando la superioridad de aquellos blancos que habitaban las zonas más elevadas del país, donde se situaba el Cauca y su elite, y la inferioridad de los indígenas y negros que se encontraban en zonas más bajas y en regiones selváticas. De este prejuicio de las elites letradas del Cauca y de otras regiones del país se derivó la propuesta que compartían con otras clases dominantes de América Latina, de “mejorar” la raza con la importación de población blanca europea. En Colombia eso fue un sueño, porque nunca fue posible fomentar la veni-



da de europeos, como sucedió en Argentina o Uruguay. Como no llegaron europeos, las elites caucanas se conformaron con generar una migración de “blancos criollos” (los antioqueños) para repoblar parte del gran Cauca, con la finalidad de limitar la rebelión de negros e indígenas.

En esas condiciones, en Cauca y Antioquia sus respectivas elites dominantes fueron creando unos prototipos raciales, condicionados por el clima y la topografía que tendrían diferencias culturales y fenotípicas bien marcadas. Así, se construyó la imagen del antioqueño trabajador, emprendedor, buen católico y amante de la familia, del progreso y del bienestar material, al mismo tiempo que los “otros”, los indios y los negros, eran concebidos como seres próximos a la animalidad, perezosos, sin iniciativa y de bajos instintos. En ese panorama se dibujaba a los antioqueños como “blancos” y a los caucanos como negros e indios, con cualidades morales diferentes, o para ser más exactos se había construido una *jerarquización sociorracial* determinada por el clima, que engendraba diferencias morales de superioridad e inferioridad, que la autora expresa con la metáfora, que le da nombre al primer capítulo, al contraponer la *bella* (Antioquia) y la *bestia* (el Cauca). En el caso de este último departamento, la imagen bestial que se construyó sobre los caucanos hacía referencia a la insubmisión permanente de la población negra durante la segunda mitad del siglo XIX que aterrorizó a la propia elite caucana.

Tenemos, en síntesis, que la autora esboza una primera tesis novedosa y sugestiva al señalar que la migración interna de los antioqueños, catalogados por definición como “blancos”, sustituyó en el imaginario de las elites caucanas la migración, nunca realizada, de los europeos. Y esta tesis se relaciona con la explicación sobre los comienzos de la expansión antioqueña hacia zonas del gran Cauca, la cual no se hizo, como cuenta la leyenda rosa, como resultado del carácter emprendedor de los antioqueños. En

realidad, en el caso del Cauca esa colonización no hubiera sido posible sin la participación de muchos caucanos como mediadores del colonialismo interno paísa, porque en el fondo compartían el mito sobre los antioqueños como superiores a los habitantes pobres del Cauca y ese mito les servía para poblar el territorio, sobre todo en las zonas más conflictivas, como Riosucio, con antioqueños, a la vez que se lamentaban por el atraso e inferioridad que le atribuían a los habitantes pobres del departamento.



Con este objetivo en mente, las clases dominantes del Cauca legislaron con la finalidad de impedir, primero la migración hacia su territorio de población indeseable, como los chinos y malayos, y segundo de atraer a los antioqueños, presentados como vecinos laboriosos, vigorosos, activos, para que se apropiasen de las tierras de los resguardos, habitados por indios perezosos e incapaces. Por ello, en 1873 el Estado Soberano del Cauca expidió la Ley 44, con la cual se determinó la privatización de los resguardos, abriendo de este modo el camino para la llegada de población procedente de Antioquia. Eso fue lo que se presentó en Riosucio, en el norte

del Cauca, cuyos resguardos indígenas fueron diezmadados y gran parte de sus tierras fueron ocupadas por migrantes antioqueños. La elite local, que se nutría de las ganancias provenientes de la explotación del oro, se mezcló y amalgamó con los propietarios agrícolas, y con el tiempo se presentaría a sí misma como una clase emprendedora e industrial que se había vuelto acaudalada por su amor al trabajo.

Ahora bien, en ese torbellino étnico y bipartidista, que fue la colonización antioqueña, los indígenas tuvieron que adaptarse y resistir. Uno de los mecanismos empleados fue el *leguleyismo*, para buscar y usar la documentación que respaldaba su estatus de propietarios comunales de las tierras de resguardo desde los tiempos de la dominación española. Otro mecanismo fue el de aliarse con una u otra fracción de los partidos políticos y de participar como combatientes en las guerras civiles. De la misma forma, los indígenas organizaron una insurrección en 1880 que logró ocupar a Riosucio y expulsar a las autoridades civiles. Esta insurrección fue resultado de una alianza entre liberales radicales e indígenas, lo cual era un resultado, según Appelbaum, de la emergencia de una comunidad que defendía con armas su derecho a existir (pág. 159). Para la autora antes que una comunidad étnica que defendieran o reclamaran los indígenas, éstos participaron en las luchas políticas regionales como “residentes de aldeas específicas, distritos municipales y por medio de partidos políticos. Tomaron las armas y votaron como liberales y conservadores para defender sus facciones más que por alguna causa indígena. Los indígenas negociaron y pelearon —por medio de litigaciones, peticiones e insurrección armada— para defender una serie de colectividades —su parcialidad, su distrito y su facción política partidista— más que para defender una identidad étnica trascendente” (pág. 161). No obstante, tan rotunda afirmación no nos parece que desmienta el hecho que la lucha por la defensa de sus tierras, es



decir de sus parcialidades, es una acción étnica trascendente, porque la tierra es el fundamento de la existencia de la comunidad indígena y de su cultura, en razón de lo cual no es muy adecuado contraponerla a las otras formas de resistencia de que hicieron gala los comuneros de Riosucio en la segunda mitad del siglo XIX.



La segunda parte lleva el título “La república de los blancos, 1886-1930” y consta de tres capítulos (págs. 165-239). Como lo indica el título, se busca establecer la manera como se implantó el dominio blanco en la región, lo cual fue posible con la imposición del proyecto conservador de la Regeneración, cuyo impacto más directo se dio en Riosucio a través de la expedición de la Ley 89 de 1890, que declaró a los indígenas como menores de edad, sin derechos ciudadanos y regidos por curas y autoridades civiles, lo que en la práctica los convirtió en súbditos como en la era de la dominación española. En términos políticos, la Regeneración y la Guerra de los Mil Días modificaron al departamento del Cauca, que se convirtió en un bastión conservador y católico, ideales retrógrados que ya no sólo regían a los antioqueños sino al conjunto del territorio nacional, a partir del Estado centralista y clerical que se implantó después de 1886. Esto facilitó la partición del gran Cauca en 1905. En el terreno ideológico y cultural, en Riosucio la Regeneración se convirtió en una oportunidad para terminar con las

rebeliones y protestas de la población negra de las zonas mineras considerada como “chusma negra liberal” o con los bastiones indígenas no subordinados, como sucedió en Nariño. Lo que se hizo fue “blanquear” y conservatizar esos reducidos de resistencia, sobre todo en el norte del Cauca, con antioqueños católicos. Una buena síntesis de las pretensiones de la Regeneración es hecha por la autora en estos términos: “En el Estado y la sociedad civil regenerados, los blancos gobernarían sobre negros e indios —así como a la racialmente amorfa plebe urbana y a los pobres rurales—; los hombres a las mujeres. Los padres, entre tanto, presidirían a sus familias legítimamente constituidas y sancionadas por la Iglesia. Los conservadores regirían sobre los liberales; la capital central, sobre las regiones periféricas; los pueblos blancos, sobre las aldeas negras e indias; la gente respetada y civilizada, sobre los salvajes, y las ‘sanas’ tierras altas, sobre las tierras bajas. Esta jerarquía territorial y política estaba influenciada por presunciones raciales arraigadas en el discurso de la diferenciación racial del siglo XIX” (pág. 185).

En tal contexto clerical, conservador y blancuzco, ¿cómo actuaron los indígenas?, o en otros términos, ¿en la “República de los blancos” cómo se desenvolvió la “República de los indios”? Para responder esta cuestión está destinado el capítulo cinco. La arremetida antioqueña, ahora legitimada desde el Estado central por su carácter católico y “civilizador”, arreció a finales del siglo XIX contra los territorios indígenas, máxime después de la insurrección de 1880. Las tierras comunales fueron invadidas y sembradas de café, al tiempo que con matrimonios mixtos, contratos de arrendamientos y ganado suelto se fueron erosionando los límites de los resguardos, apropiados por colonos y empresarios agrícolas procedentes de Antioquia. A pesar de ello, los indígenas no se quedaron quietos y emprendieron la resistencia legal, apoyándose, lo que parecía paradó-

jico, en la Ley 89 de 1890, aprovechando que en ésta se fijaba un plazo de cincuenta años para disolver los resguardos.



Un resultado directo del sometimiento colonial interno, por parte de los antioqueños, de la zona noroccidental del gran Cauca fue su fragmentación en 1905, con la implementación de una nueva división política administrativa del país durante la dictadura de Rafael Reyes. Como resultado surgieron nuevos departamentos, siendo el de Caldas el más importante de todos, porque se convirtió en el epicentro político y económico de la República conservadora o, como lo llama la autora, el departamento modelo. Los caldenses eran hijos de Antioquia y, por tanto, antioqueños como el que más, que se describían a sí mismos, por boca de sus dirigentes políticos como “la raza más generosa, más patriótica y empujante (sic) de nuestro país” (pág. 211). Caldas fue un territorio sustraído al Cauca, que al contar con las tierras del Quindío disponía de la principal zona cafetera del país. La elite local recurrió a construir un mito adicional al de



la colonización antioqueña, consistente en indicar que en Caldas se había constituido una comunidad imaginaria perfecta, formada por machos blancos y mujeres bellas, que poseían cualidades morales superiores, basadas en el amor al trabajo, el respeto a la propiedad privada y a sus acendrados valores católicos. Sobre esta base racista se construyó lo que Appelbaum no duda en llamar una especie de “Destino Manifiesto” de los antioqueños, similar al enunciado por los Estados Unidos al comienzo del siglo ~~xx~~,<sup>+</sup> como se evidencia en la siguiente manifestación de 1905:

*Si los antioqueños han colonizado vastas regiones en otros departamentos de Colombia, no han perdido su carácter ni sus costumbres ni el modo de ser de su raza i donde quiera que se establezcan permanecen tan antioqueños como en Medellín o en Manizales; parece que lo que han hecho por derramarse por otras comarcas no es dejar de ser antioqueños sino, por el contrario, ensanchar a Antioquia, dilatar sus límites, agrandar su territorio y ensalzar su nombre. [El Mensajero, febrero 25 de 1905, citado pág. 218]*

El nuevo departamento era el modelo ideal por imitar, según las clases dominantes de este país, cada vez más conservadoras, aunque los territorios mineros e indígenas de Riosucio y zonas aledañas desentonaban, porque estaban habitados por negros e indios. A partir de esta realidad, las clases dominantes de Caldas empezaron a construir la imagen de que su departamento no era un organismo sano porque estaba infectado por miembros de otras razas, inferiores, que impedían el pleno progreso del departamento, como lo registraba un periódico conservador en 1911, donde se afirmaba que esas zonas extrañas a la blancura y grandeza de la antioqueñidad estaban pobladas por “negros mineros que poco antes habían llevado el grillete del esclavo y... por indios

salvajes extraños a la civilización y al progreso” (El Conservador, 8 de septiembre de 1911, citado pág. 233). Esta concepción influyó en el intento, por lo demás bastante cómico, de cambiar en 1916 el nombre del municipio de Riosucio, que desentonaba con la idea de progreso y prosperidad, por el apelativo de Hispania, en honor de España, que estaba en sintonía con el carácter clerical y prehispánico de la República conservadora y en especial de los dirigentes políticos y de los intelectuales conservadores de Caldas. Ese cambio nominal no perduró y en 1920 Riosucio recuperó su tradicional denominación.



Los habitantes de Riosucio empezaron a percibir de inmediato la hostilidad de las elites caldeses y propusieron la separación del departamento, lo cual nunca se concretó en la práctica, pero sí mostró que la elite local riosuceña tuvo que reconocer los antecedentes históricos y la presencia actual de mestizos, indios y negros en la vida de su municipio. Y este asunto se vincula con la última parte del libro que versa sobre el intento por parte de los propios habitantes de Riosucio de imaginar su pasado colectivo, desde antes de la colonización antioqueña.

Esta tercera parte se titula “Recordando raza, región y comunidad 1930-1948” y consta de los capítulos

siete y ocho (págs. 243-312). El objetivo de las últimas páginas del libro es reconstruir dos narrativas que se construyeron sobre la historia de Riosucio después de 1930 y hasta la actualidad, en la mestiza y la indígena. En realidad son tres narrativas, porque allí también debe incluirse la afrodescendiente, considerada por la autora en una forma marginal, lo cual es una carencia porque los pobladores negros desempeñaron un papel crucial en la región en la época de la Colonia, sobre todo por su trabajo como mineros. Se establecen los elementos centrales de cada una de esas narrativas. La mestiza busca demostrar que Riosucio es una especie de síntesis de la historia del país, en la que el mestizaje se habría dado en una época temprana, desde la misma colonia española, acentuando su idea sobre el carácter más o menos homogéneo de la composición racial de la nación, suponiendo en forma alegre que una sociedad mezclada casi por definición es más armoniosa y estable. Aunque esta lectura de la historia haya contribuido a erosionar el mito de un Caldas totalmente blanqueado por la influencia de los antioqueños, incorpora así una visión más amplia de la historia regional, que había dejado de lado a los indígenas y a los negros, o los subsumió bajo la idea de que todos son mestizos, negando sus propias historias, sufrimientos y luchas. Pero, además, como esa interpretación histórica mestiza no es accidental, con ella se pretende legitimar la apropiación, por parte de los que se reclaman como mestizos, de las tierras comunales de los indígenas. En consecuencia, “si Riosucio es una comunidad y los riosuceños son una sola raza con una historia común... entonces no habría necesidad de formas autónomas de administración indígena, que amenacen los intereses económicos y políticos de los terratenientes privados y de los funcionarios municipales” (pág. 261).

La otra narrativa histórica que se reconstruye es la de los indígenas, o más concretamente la de San Lorenzo, una comunidad que preservó sus



tierras y se defendió del mestizaje, mediante el empleo de diversos mecanismos, tales como prohibir los matrimonios mixtos para impedir que extraños a la comunidad, al casarse con mujeres indígenas, ocuparan las tierras de la parcialidad. Esta disposición se adoptaba a partir de una clara discriminación de las mujeres, inmersas en un ambiente patriarcal, reforzado por el carácter conservador en el ámbito político y católico en el plano religioso. Como lo demuestra Appelbaum, esto era posible porque la comunidad indígena se imaginaba como una *familia patriarcal*, lo cual se expresaba en que el Cabildo estaba formado sólo por varones, el gobernador era el patriarca y las cuadrillas de trabajo eran masculinas. En relación con este último aspecto debe resaltarse que la comunidad de San Lorenzo desmentía en la práctica el mito que los indígenas eran perezosos, puesto que allí se erigieron formas de trabajo comunitario para evitar la descomposición del grupo y la apropiación de tierras, así como para construir obras, como la escuela y la capilla, y mantener al cura doctrinero.



Lo que permitió la cohesión de la comunidad fue ese carácter patriarcal, conservador y católico, pero esto fue lo que también motivó que en la década de 1940 los liberales dividieran el resguardo y disolvieran el Cabildo, con lo cual se empezó a resquebrajar la férrea unidad que había mantenido la comunidad de San Lorenzo y muchos comuneros se vieron obligados a emplearse como peones

que recolectaban café en las fincas circundantes y las tierras del resguardo fueron apropiadas por empresarios privados. En la memoria colectiva de los descendientes de San Lorenzo esta ruptura se encuentra asociada a la irrupción brutal de los antioqueños, al señalar que lo que existía en el seno de la comunidad antes de 1944 era indio y lo que se impuso después era blanco antioqueño, oponiendo el comunitarismo indígena al mercantilismo y la chicha al aguardiente.

Hasta aquí el contenido del libro que puede catalogarse como una desmitificación a fondo del mito heroico, chovinista y racista de la colonización antioqueña, sobre el cual se ha justificado la expropiación de tierras de indios, negros y mestizos, desde mediados del siglo XIX hasta la actualidad. Esta es la idea más sugestiva, puesto que el asunto no es una cuestión del pasado, ya que ahora, escondido tras el pretendido carácter laborioso y emprendedor del antioqueño, se ha camuflado una lógica criminal de “echar p'lante” y eliminar todos los obstáculos, encubiertos con la cantaleta de “trabajar, trabajar y trabajar”, no importa a qué costo ni a quién haya que arrasar o destruir. Esto ha servido, entre otras cosas, para justificar el robo de tierras, la expulsión de campesinos, indígenas y afrodescendientes de tierras de Urabá, Chocó, Córdoba y otros lugares del país.

Por último, es necesario decir que la traducción del libro presenta algunos problemas de redacción, aunque no logran disminuir su seriedad y rigor. Como es característico de las investigaciones adelantadas por historiadores estadounidenses, este libro presenta un abundante respaldo documental, tanto de fuentes primarias como secundarias, y además un trabajo de campo, que permitió a su autora vivir en Riosucio, escarbar en sus archivos y dialogar con muchos habitantes de la región. Un descuido del libro, que hace innecesariamente pesada su lectura, se encuentra en que las notas a pie de página son más largas de la cuenta, porque se hacen reflexiones que

podrían incorporarse al texto central. Esta manía académica cada vez más frecuente lleva a que en realidad no se escriba uno sino dos libros, uno en el texto principal y otro en las notas a pie de página. Además, estas notas van numeradas de 1 hasta 358, sin separarlas para cada capítulo, lo que hace más aburridora su lectura.

Aparte de estos errores de menor importancia, el libro tiene mapas e ilustraciones que invitan a su lectura, pero lo más importante se encuentra en la coherencia del argumento y en la sustentación a fondo de los rasgos de despojo y expropiación de tierras y de seres humanos que subyacen tras el mito castrador de la colonización antioqueña, que tanto ha servido para sustentar los proyectos más antidemocráticos y oligárquicos en la historia de Colombia, como puede comprobarse en tiempos del embrujo autoritario del hacendado paisa del Ubérrimo.

RENÁN VEGA CANTOR  
Profesor titular,  
Universidad Pedagógica Nacional

## Un personaje insólito

**Juan Friede, 1901-1990: vida y obras de un caballero andante en el trópico**

José Eduardo Rueda Enciso  
Instituto Colombiano de Antropología e Historia, Bogotá, 2008, 596 págs.

En Colombia, a diferencia de otros países de América Latina, no han llegado significativas corrientes migratorias procedentes del exterior, factor que, entre otros aspectos, contribuye a explicar ese carácter cerrado, parroquial, intolerante, clerical y, en tiempos recientes, xenófobo y chovinista que ha sido dominante en el país durante el siglo XX. Incluso, en los pocos momentos en que llegaron “extranjeros” al país, como en el periodo de la Segunda Guerra Mundial, no faltaron las voces que los rechazaron con el